No se imaginan ustedes cuánto me complace estar hoy aquí y hablar en nombre de la FAPE sobre **Ramón Lobo**, amigo y compañero desde hace muchos años. Seguramente, pocos sabrán que nuestro homenajeado se buscó la vida en sus inicios profesionales en la información económica, en la que yo me he movido toda mi carrera. Él, no. Formó parte del equipo fundacional de *Expansión*, allá por los ochenta; a finales de esa misma década estuvo en la génesis de *La Gaceta de los Negocios*, donde coincidimos, y, al poco tiempo, se integró en el grupo que puso en marcha *El Sol*, donde ya abandonó la aventura económica para meterse en camisas internacionales. Como se puede comprobar, aparte de culo de mal asiento, a Lobo le iba eso de fundar periódicos.

Debió de hacerlo bien en aquel efímero rotativo porque en él puso su atención *El País*, que le llamó a sus filas. No sé si Ramón se acordará; pero le sorprendí en lo que supongo era plena negociación (o quizá la celebración del final de ella) en un restaurante cercano al periódico, en la Cruz de los Caídos, donde había quedado (yo) con una fuente y él con el redactor jefe de Internacional, **Luis Matías López**, y el subdirector **Miguel Ángel Bastenier** (nuestro admirado Bastenier). Hubo saludos, claro, y guiños mutuos. A los pocos días volvíamos a ser compañeros en la misma redacción, a la que yo había llegado unos años antes y donde ejercía en Economía. Volvimos a intercambiar impresiones y confidencias, aunque a Lobo (en honor a su apellido, supongo) le gustaba salir campo a través (léase a cubrir conflictos internacionales donde los hubiere) y no quedarse en la redacción. Eran otros tiempos, Ramón.

Siempre he estado convencido, querido Ramón, que conceptos como PIB, balanza comercial, saldo deudor neto, inflación y demás términos económicos no eran precisamente los que más te gustaban para familiarizarte con ellos. Que lo tuyo eran las nieves del Kilimanjaro o las calles de Mostar o Sarajevo, a donde te desplazaste como corresponsal de guerra. Un enviado especial de los que, como también lo era **Manu Legineche**, arriesgaba la vida para contar a sus lectores y al mundo lo que ocurría por aquellos lares. De los que les gusta meterse en territorio adverso y ser testigo de acontecimientos trascendentales para el mundo y cumplir las leyes fundamentales del buen periodista: llegar, ver y contar lo que pasa, siempre con respeto a la verdad, sin caer en el amarillismo ni en la exageración. Es decir, un hacedor de información veraz, contrastada, contextualizada y bien explicada.

Ahí, en ese punto tan importante, se encuentra con Manu. El del reporterismo riguroso, intenso, diverso, atractivo y verídico. Se pueden añadir calificativos, que no son gratuitos, son la clave de bóveda para ejercer el oficio, como practicó el maestro y han seguido sus discípulos (si se les puede llamar así). Entre ellos, claro, Lobo. Periodismo puro que nutre las redacciones, donde hay que destacar también la labor de enriquecimiento de los editores en las crónicas, a veces mandadas de prisa. Tampoco hay que olvidar eso.

Pero de poco sirvieron los buenos trabajos enviados por Lobo desde distintos puntos del planeta (desde Kosovo a Afganistán pasando por Palestina, donde fue retenido por el grupo radical de las Brigadas de los Mártires de Alk Aqsa) y los análisis geopolíticos que salieron de su teclado. Pasado el tiempo fuiste víctima de esos malvados ajustes que acechan las redacciones. Pocos pensaban que *El País* iba a verse en esa tesitura y, menos, que tú ibas a formar parte de la lista de 149 compañeros señalados para un ERE (luego fueron 129). Por algún motivo, que sólo se explica por razones de índole personal (llevarse bien o mal), como les pasó a muchos, Lobo entró en el paquete de despedidos. Insólito.

El reconocimiento, que suele llegar en edad madura, se fue haciendo a lo largo de todos esos años de acción. Este galardón, que se suma al doctorado honoris causa de la Universidad Miguel Hernández, de Elche, y al premio Cirilo Rodríguez, que otorga la Asociación de la Prensa de Segovia, pone en la máxima altura la estatura de Ramón Lobo, ese hombre de aspecto británico y corazón blanco, que vibra (o ha vibrado) recorriendo el mundo y últimamente con las remontadas de su Madrid desde la grada del Bernábeu. ¡Cómo hemos disfrutado, Ramón!

Hablaba antes de que Manu y Ramón son ejemplos de periodismo puro y, como siempre es buen momento para hacer reivindicaciones, qué mejor que apelar a sus nombres para defender la información veraz, ese periodismo que ahora escasea, machacado por intereses de todo tipo, a veces económicos, a veces víctima de corrientes en las que el tráfico de información sin contrastar se ha convertido en algo generalizado. Y esto sucede en gran parte como consecuencia del efecto perverso de las redes sociales, un avance tecnológico cuyo mal uso conduce el periodismo a la banalización, la polarización y a la desinformación, un mal de nuestro tiempo que nubla la mirada y nos aleja de las reglas elementales del periodismo: conocer, contrastar, comprender y publicar (CCCP). No podemos permitir que los cambios que han traído consigo las nuevas tecnologías y la explosión de las redes sociales determinen la actuación de los profesionales. Dejemos claro que eso no es periodismo. Por eso es imprescindible que el Gobierno y los grupos políticos respalden la petición de enseñar en las escuelas desde pequeños, que haya una inmersión mediática que ponga en primera línea al periodismo.

Este trabajo, además de contar lo que le preocupa a la gente, también consiste en denunciar las cosas que se hacen mal. La verdad a veces incomoda y sufre (sufrimos todos) cuando no se puede contar o se encuentra con dificultades para buscar las fuentes. Por ahí surgen actuaciones nada edificantes como las convocatorias de prensa sin preguntas o los intentos de vulgarizar la información o de impedir el libre ejercicio. Por eso desde la FAPE hemos mostrado nuestra preocupación por el anteproyecto de ley sobre información clasificada y secretos oficiales ante la posibilidad de que pueda afectar a la libertad de expresión y de información.

“Las noticias están en los bares”, nos decían veteranos colegas cuando te sentabas en tu silla. Entonces te levantabas como un resorte pensando en salir corriendo a buscar un bar. El latiguillo pasa de generación en generación. Espero que no se pierda porque eso querrá decir que los periodistas entenderán de qué va esto.